

La carroza, sin escudo que revelara estirpe ni linaje, se abrió paso entre el incómodo

vaivén de los baches. Traquetearon las ruedas avanzando sin detenerse más que cuando el cochero, desde el pescante, mandaba al tiro de seis caballos girar a la izquierda o a la derecha sin otras órdenes que las que salían de su látigo al restallar contra la grupa de las bestias.

Hacía frío y ya había atardecido en Madrid con una ligera bruma recostada en los aleros y las espadañas que brillaban como filigranas. Los ocupantes del coche escucharon las completas sonando en las iglesias y conventos -también en el de San Plácido-, hacia donde se dirigían. El conde-duque descorrió un instante la cortinilla de su ventana y dijo a Su Majestad que se fuera abrigando y ocultando bajo el sombrero y la tudesca.

—No tardaremos —anunció el valido del Rey corriendo de nuevo el visillo mientras perdía de vista a un joven al que habían estado a punto de arrollar.

Relincharon los caballos repentinamente, y el carruaje dio un parón violento que a punto estuvo de mandar a los ilustres viajeros con sus huesos a la alfombrilla de la carroza.

—Muy de prisa vais. —Una voz, envalentonada y quizá algo jocosa, llegó hasta ellos.

—Lo que faltaba: un bandido —se quejó don Gaspar mirando un momento por el ventanuco.

—Sí que tempranean —se lamentó el cuarto Felipe—: ya ni siquiera aguardan a que el paisanaje ande borracho para robarle los cuartos. —El Rey volvió al asiento tras la accidentada parada y aguardó con su calma habitual a que la escolta pusiera a aquel hombre a buen recaudo o lo matara.

Un par de sombras aparecieron de la nada sorprendiendo al rufián que apenas pudo esquivar dos mandobles y dar un paso atrás antes de sentir el gélido y duro acero